Los ojos del mundo

LEONARDO PADRON

Un día muy distante / **Vicente Gerbasi**. Caracas: Monte Avila Editores, 1988. 64 páginas. 85 bolívares

"La naturaleza gusta de ocultarse" pensó Heráclito una tarde, quizás al borde de un insecto. Eugenio Montejo lo dijo de otra manera, siglos después, en su propia sombra: "La oscuridad de Dios no deja ver nada claro". Esa ha sido la frontera que durante toda su obra Vicente Gerbasi ha traspasado una y otra vez. Esa es la fragua a donde apuntan sus conjuros verbales. "Soy un cafetal de luciérnagas" dice, para entrar de lleno en un tiempo de bosques y juncales. Y repasa con los ojos el tejido de la lluvia. Y escruta el aire. Y una luz de pájaros lo acerca al resplandor. Y vuelve a nacer.

De las muchas lecciones que destila la obra de Gerbasi, la primera, la mayor, es su vocación de religiosidad ante el mundo objetivo: la rama, la piedra, la tempestad. Cada pedazo, cada poco de tierra, cada sol, posee un momento de alquimia, e incluso, una respuesta. Toda su poesía es una fastuosa demostración de que el hombre puede recuperar su posibilidad de asombro. Volver a la inocencia original (con su carga de pesadumbre humana, claro). Y ahondar en ese asombro, hincharlo de lenguaje. Gerbasi es el poeta contemplativo por excelencia. Habita minuciosamente su espacio. Requisa cada piedra hasta encontrarle el corazón. Sabe de colores, matices, sombras (Pérez Perdomo nos recuerda que en Gerbasi siempre asoma un pintor). Leerlo es entrar nuevamente en los días, descubrir la impecable ecuación de la tierra, el sutil acontecimiento de la vida. Ha cultivado rigurosa y exhaustivamente uno de los primeros atributos de un poeta: la capacidad de percepción. La lectura que hace de los signos naturales trasciende la realidad inmediata. Es allí donde comienza el territorio de la alucinación. Por eso conoce la secreta respiración de las hojas, el lento fulgor de los alacranes, la melancolía de ciertas aves. Cada mínimo y pulcro suceso que ocurre es susceptible de ser tocado por sus ojos, que es casi como decir por su palabra. Porque el principal instrumento de su escritura son sus ojos. Desde allí todo sucede como prodigio, hora de magia, celebración, epifanía. Es el canto del milagro. Lo que existe, nos sobrepasa y nos contiene. Estamos en el brillo de las cascadas, en la humedad de la medianoche.

Son ojos de primera vez. Así es como Gerbasi se siembra en el mundo. Montejo se acerca a la misma actitud: "Estoy contemplando esta tierra como si la viese por primera vez/ o fuese a dejarla". Enriqueta Arvelo lo clama: "Llano, húndeme tu acento". Palomares se sienta y dice: "Ya voy a ser piedra Ya voy a ser árbol". Crespo se fusiona hasta perderse: "Hace tiempo me bajé del caballo/ pero todavía no existo". Esta correspondencia con el paisaje y sus seres ha signado a buena parte de nuestra poesía. Cada uno con sus propias modulaciones, sí, pero todos afirmándose en la tierra. El alma está llena de accidentes geográficos, de viento, de humareda.

Ese Gerbasi que hoy contamos es el mismo que nos entrega un nuevo libro **Un día muy distante**, lo cual equivale a decir que nos entrega nuevamente su relato del mundo. Aún antes de abrir este libro, podemos sospechar en sus páginas un cortejo de nubes, un repertorio de amaneceres, el crujido del trópico, el recuento de la selva fosforescente, algún pavo real escapado del Paraíso, ciudades y lejanías, un buho solitario. La vida quizás cabe en una sola imagen.

No es gratuito que sus tres últimos libros (**Edades perdidas, Los colores ocultos** y **Un día muy distante**) contengan categorías "negativas" suficientemente expresas en los títulos. Lo perdido, lo oculto, lo distante, esa es la voz de la nostalgia. Se trata de una imprecación a la memoria, una manera de sobrevivir, de cantar y cantarse, como escribiéndolo todo nuevamente: "Me veré otra vez/ en los ojos/ de las ranas/ sobre las hojas/ para no morir". Una mirada rápida a este libro concluiría que Gerbasi se está repitiendo. Por supuesto. La naturaleza también se repite. El canto de los grillos es cada día distinto. Sin embargo, nunca lo notamos.

Apenas en 1970, Borges escribía en sus Memorias para la revista **The New Yorker** una frase quizás terrible y lapidaria: "Supongo que ya he escrito mis mejores obras". Pensamos, entonces, ¿escribió ya Gerbasi su mayor prestigio, su herencia, su esplendor? Posiblemente el follaje textual de ese monumento poético llamado **Mi padre, el inmigrante** no vuelva a ocurrir. Ese abrumador homenaje al asombro, a la infancia, a la muerte, a la selva de los sentidos y, sobre todo, al hombre y su majestuosa escenografía donde anida el alma de las cosas, los animales y "el misterio de los vegetales", es prácticamente irrepetible. O ese momento supremo de nuestra poesía que se dio en llamar **Los espacios cálidos**. En todo caso, sólo será respetable la opinión del tiempo. Por ahora, Gerbasi se contenta con hundir sus manos en el agua de la memoria. Y sigue con sus ojos absortos, en el mismo bosque, en el mismo aceite de sus tardes, viajando con la mirada, insomne. Por eso dice "Deambulo en el infinito". Su itinerario, su recorrido, su perfil herido de tanta contemplación, esa es su obra mayor. Que estos sean poemas tenues, descaradamente sencillos (estilísticamente, tal ha sido su proceso), puede significar poco. Volvemos a confirmar la actitud existencial y lírica del mayor poeta vivo de Venezuela. Es su mismo y viejo tema: el mundo, y cada íngrimo ser. Todo dicho, con algo más de levedad. Como si apenas ocurriera el poema. Felizmente, para él la vida sigue siendo asombro. Y cada vez, otra vez: el memorable espectáculo del amanecer, las vastas llanuras, relámpagos, su padre muriendo incansablemente cada noche, el patio de sus años, una araña o el silencio momentáneo de los árboles.

Me gusta imaginarlo, cada vez que el mundo amanece, con los ojos llenos de nubes. Y en su memoria, los gallos de la infancia formando un estruendo de helechos y azules. Y alguna rana saltará ante su edad de niño perpetuo, de niño azorado ante tanto milagro junto.